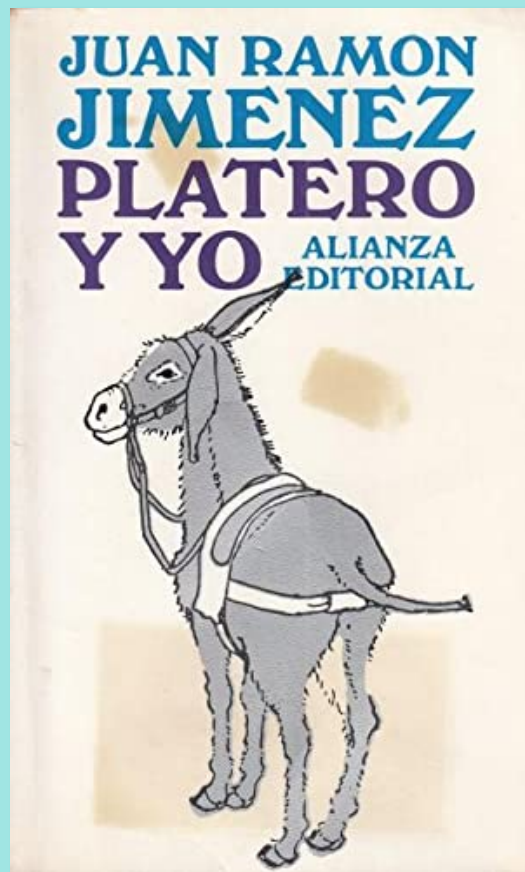


Día del libro 2020
Un territorio, un libro

Costa de la Luz



Javier Martín Vide, Universidad de Barcelona



Leí de joven, a instancias de la profesora de literatura –como la mayoría, o entonces, parafraseando al poeta de Moguer, como “la inmensa minoría”-, *Platero y yo*, mucho años antes de conocer la costa atlántica de Andalucía. Me di cuenta desde el primer relato lo que suponía la prosa poética, exenta de métrica, ritmo y rima, pero con una cadencia nueva, libre, y un lirismo envolvente que traspasaba sin constreñimientos los poros del bisoño lector. Poesía libre, al fin y al cabo. Aprecié también el uso abundante del adjetivo, forma gramatical que suele considerarse ajena al rigor y la precisión que requiere la expresión científica, pero que resulta muy evocadora y sensorial. El adjetivo permite definir matices difíciles de mensurar de los elementos y los procesos del entorno natural y social. Y conocí, sin haberla visto, en varias de las narraciones la luz sin límite de la costa onubense y de la vecina de Cádiz y *el infinito cielo azul constante de Moguer* (supe años después que allí se localiza el máximo de insolación de la España peninsular, con unas 3.000 horas de sol al año en promedio). Un elemento quizá secundario de *Platero y yo*, la extensión acotada y precisa de las narraciones que componen la obra, que no exigen ni una línea más, me pareció muy notable. La brevedad sin límites, la redondez del relato, tan diferente a la de las novelas del Realismo, también me sedujo. Nada es superfluo o prescindible en la prosa del creador del mudo protagonista *que se diría todo de algodón*, ningún término, ningún adjetivo, ninguna coma. Valoro cada vez más la capacidad de sintetizar, destreza obligada del geógrafo, tras los análisis pulcros y milimétricos que realice. Evoco así la buena prosa de los maestros de la Geografía, precisa y concisa, de mirada objetiva y aguda de la realidad, pero al tiempo empática hacia ella, en la que tampoco ni falta, ni sobra coma alguna.

En mis incursiones torpes e inéditas, de aprendiz nada aventajado, en la literatura, los atardeceres han constituido un elemento de inspiración. Son nuestras largas tardes de verano, infinitas y caliginosas en la España mediterránea y en Canarias, precursoras de las noches para las que, aunque geográficamente no cuadre el adjetivo, hemos tenido que admitir el calificativo de tropicales, y hasta de tórridas, sin atisbo en este caso de sensualidad alguna, tan mal de dormir. Y uno de los relatos de *Platero y yo* más soberbios es el del final de una tarde, titulado “Paisaje grana”. Ya reparaba en él uno de nuestros maestros, Florencio Zoido, en un magnífico artículo, El paisaje en ‘Platero y yo’, publicado en 2014 en el Diario de Sevilla.

Paisaje grana, *ahí está el ocaso, todo empurpurado*, más si cabe tras el cielo diurno prístino del golfo de Cádiz. Y cuando cae la tarde...*las hierbas y las florecillas, encendidas y transparentes, embalsaman el instante sereno de una esencia mojada, penetrante y luminosa*. Poesía sensorial, en la que colores y olores se entrelazan. ¿No hemos sentido alguna vez, tras una larga jornada de trabajo de campo, ese instante tranquilo, mágico y –diríase- eterno de la puesta del Sol? Con su luz cárdena menguante, *el paraje es conocido; pero el momento lo trastorna y lo hace extraño, ruinoso y monumental*, que para nosotros, estudiosos del paisaje, constituye también un reto cognitivo, cuando las sombras se alargan y los detalles se difuminan.